

«No... sino para que sea manifiesta la obra de Dios»

Lecturas para el Cuarto Domingo de Cuaresma:

1 Samuel 16,1-13

Salmo 23

Efesios 5,8-14

Juan 9,1-41

1. Primeras observaciones: Dios hace sencillas y rectas las cosas, pero los seres humanos las retorremos y complicamos (*cf.* Ec 7,29).

Esto culmina en los últimos versículos del capítulo, donde los fariseos se dan por aludidos en el comentario que le hace Jesús **al antes ciego**: «Yo he venido al mundo para que los que no ven, vean; y los que ven, sean cegados».

Aunque no fuera la intención de Jesús —y es imposible saber si lo era—, los fariseos interpretan este comentario de Jesús a la luz de la exclamación del antes ciego cuando le interrogaban: «¡Esta es la maravilla: que vosotros no sepáis de dónde viene Jesús, y a mí me abrió los ojos!» Lo maravilloso, lo asombroso en este episodio, no es la curación del ciego sino la incapacidad de los maestros y doctores de la ley divina para admitir algo tan sencillo y obvio como que si Jesús ha sanado a un ciego, es para hacer manifiestas las obras de Dios.

2. ¿Quién ha pecado? A lo largo de todo el capítulo hay un tema secundario, al que se alude constantemente aunque no pareciera tener que ver directamente con los hechos. A pesar de las complicaciones posteriores y el darse por aludidos y ofenderse y echar al antes ciego de la comunión de la sinagoga, etc. —los hechos son sencillos: Un hombre adulto que había nacido ciego, ahora de repente ve. Pero la cuestión de fondo que a todos preocupa es la del pecado. La preocupación con el tema del pecado aflora ya en el v. 2 y sigue presente al concluir el capítulo en el v. 41.

A lo largo del capítulo diversas personas entre los protagonistas son descalificadas como pecadores. El ciego. Sus padres. Jesús. Al final del capítulo, sin embargo, la cuestión se resuelve de una manera sorprendente: No es ninguno de éstos, sino los que se apresuran a juzgar el pecado ajeno pero son incapaces de darse cuenta que esa descalificación del prójimo, es en sí misma la esencia del pecado.

3. El valor de la experiencia personal. El antes ciego no pretende ser sabio, pero sí sabe lo que ha vivido. Sabe lo que Jesús ha hecho por él y siempre podrá volver a esa experiencia como punto de partida, no importa cuánto intenten descalificar a Jesús. Esto es importante aunque también tiene sus limitaciones. Hasta el final del capítulo nunca ha visto a Jesús, no sabría identificarlo en una multitud. No sabe quién es el

Hijo de Dios. No ha escuchado la predicación de Jesús ni cuál su mensaje. ¡Le queda tanto por aprender y conocer! Su experiencia personal es legítima y nadie se la puede quitar, pero en muchos sentidos seguramente sigue siendo ciego y sigue necesitando que le abran los ojos. Los fariseos saben mucho, tienen mucho conocimiento de las palabras de Dios y esto es bueno e importante. Lo que les falta, sin embargo, es abrir sus vidas a la experiencia personal transformadora de la obra de Dios en sus vidas.

Al final ambas cosas son necesarias y quien no va creciendo en experiencia y también en conocimiento —o en conocimiento pero también en experiencia— hay algún sentido en que permanece ciego.

4. Jesús tenía clara su misión en la vida: manifestar las obras de Dios. Esto él lo había explicado ya en el capítulo 5 del evangelio de Juan: El Padre revela al Hijo lo que está haciendo en el mundo y el Hijo por tanto no tiene obras propias sino que sus obras son siempre la misma cosa que las obras del Padre —porque el Hijo sólo hace lo que hace el Padre.

Si perdemos esta actitud de hijos de Dios respecto a todo lo que observamos a nuestro alrededor y todo lo que nos sucede, es fácil apartarnos de lo esencial en la vida. ¿Quién pecó? ¿Este ciego de nacimiento o sus padres? La pregunta es falsa. Es una pregunta que no interesa. Es una pregunta que en la propia manera de hacerla ya genera divisiones y reproches (entre el hijo y sus padres) y falsas opciones (o el uno o el otro; pero, ¿no podían ser pecadores los tres, o acaso no podía existir una ceguera como infortunio en la vida que no viene provocado directamente por el pecado?). La pregunta es un poco más sofisticada que los argumentos de los amigos de Job, pero es de la misma escuela. En cuanto podemos dirimir de quién es la culpa (y la culpa nunca es de los que no sufren sino de las víctimas del sufrimiento) nos podemos quedar tranquilos y satisfechos con nosotros mismos, en un mundo cuyos males podemos explicar y que por tanto dominamos y una vida que es incapaz de sorprendernos.

Pero esa no es la cuestión. Para Jesús la cuestión es siempre: ¿Qué está haciendo el Padre? ¿Qué hay en esta situación que pueda manifestar las obras y por tanto la gloria de Dios? ¿Qué oportunidad hay aquí para que la gente acabe alabando a Dios? Para quien vive la vida como hijo o hija de Dios, así como Jesús fue el Hijo de Dios, todas las adversidades, todos los problemas, cada situación difícil y dolorosa, es siempre **una oportunidad**.

¡No... sino para que sea manifiesta la obra de Dios!

Dionisio Byler,
predicado en Vigo el 2 de marzo de 2008